

**ROJO, José Andrés, *Vicente Rojo. Retrato de un general republicano*, Madrid, Tusquets, 2006, 464 pp., ISBN 84-8310-455-5**

A finales de febrero de 1938, cuando la victoriosa ofensiva franquista sobre Teruel puso a la República al borde del abismo de la derrota inminente, el doctor Negrín, jefe del Gobierno republicano, remitió una carta privada y confidencial a su abatido Jefe del Estado Mayor, el general Vicente Rojo Lluç, que le había presentado la dimisión por considerarse máximo responsable de los últimos fracasos militares. En la carta se afirmaba: «no vislumbro ningún valor que pueda aproximarse a usted por su pericia profesional, serenidad, clara visión —exenta de optimismos fáciles y de pesimismo más fáciles aún». Algunos años después, en 1942, ya en el largo y doloroso exilio, el mismo gobernante reiteraba en público en Londres su sentido homenaje a quien había sido su máximo consejero militar y auténtico artífice de la estrategia bélica republicana durante la guerra civil: «Serenidad imperturbable en los más difíciles momentos, valor a toda prueba y sin alharacas, y una competencia extraordinaria como técnico militar», amén de «caballerosidad

irreprochable, un patriotismo de iluminado y, por encima de todo, el corazón noble y generoso de un hombre bueno».

No fueron éstos los únicos tributos de admiración y respeto cosechados por el general Rojo durante la guerra y en el amargo exilio. En este punto, la unanimidad de juicio es prácticamente total entre los líderes políticos y militares republicanos, en abierto y acerado contraste con las profundas divisiones que fracturaron sus filas en otros órdenes. A título de ejemplo impresionista, baste recordar las opiniones expresadas por el presidente Azaña («muy trabajador, competente, silencioso, disciplinado»), el escritor Francisco Ayala («un militar de cuerpo entero, incondicionalmente, sin fisuras ni vacilaciones») o el poeta Antonio Machado («La suerte ha querido que en la más alta cumbre del Ejército apareciese en su persona una representación integral de nuestra raza. No es poca fortuna para todos»).

Esos testimonios, y otros muchos más, aparecen citados en la densa y certera semblanza del general republicano escrita por uno de sus numerosos nietos (era padre de siete hijos), el periodista José Andrés Rojo, que ha recibido por su obra el XVIII Premio Comillas de Biografía en el año 2005. Es un honroso galardón

bien merecido porque, a pesar de la vinculación familiar entre biógrafo y biografiado, el retrato ofrecido cumple con creces las exigencias historiográficas de exhaustiva apoyatura documental, distancia crítica en la interpretación de los datos y carencia de encono partidista y sectario en la exposición narrativa. Y superar esas exigencias no era tarea nada fácil, como demuestran los previos trabajos análogos sobre el personaje firmados por el coronel Carlos Blanco Escolá o por Javier Fernández López. En primer lugar, porque abordar la vida del general Rojo significa tratar de quien fue el antagonista principal de Franco en el campo de batalla durante la guerra civil, con todas las consecuencias e implicaciones inherentes a ese duelo. Y, en segundo orden, porque la documentación disponible es ingente: desde las numerosas obras publicadas por el propio Rojo (*España heroica*, *Así fue la defensa de Madrid*), hasta la oceánica literatura secundaria sobre el conflicto, pasando por el crucial archivo particular de Rojo (felizmente depositado por sus herederos en el Archivo Histórico Nacional).

Decía Ortega y Gasset que una buena biografía debe atender inexcusablemente a las tres dimensiones básicas de una vida humana: vocación, circunstancia y azar. Una de las grandes

virtudes de la obra de José Andrés Rojo consiste en haber logrado un equilibrio muy notable entre las tres dimensiones en su retrato de la vida del general Rojo, articulando con acierto la atención a los azares que afectaron recurrentemente tanto a su vocación permanente (la de ser un buen militar) como a sus circunstancias históricas y mayormente trágicas (desde la orfandad inicial al drama de la contienda bélica, la amargura del exilio y el dolor del retorno a la patria como vencido).

Vicente Rojo Lluch fue, efectivamente y ante todo, un militar desde el mismo momento de su nacimiento en un pequeño pueblo valenciano (Fuente la Higuera) en octubre de 1894 (dos años después que Franco). Era el sexto hijo huérfano de un alférez que había combatido en Cuba y cuya piadosa esposa fallecería cuando el pequeño apenas había cumplido los trece años (después de haber inculcado en su hijo una fe católica inamovible). Desde entonces, la vida del joven Rojo transcurrió en un internado para huérfanos de la Infantería y, posteriormente, en la Academia de Infantería de Toledo, de donde salió como segundo teniente en el verano del año 1914 con el número dos de una promoción de 390 alumnos. Marchó casi de inmediato como voluntario a la cruenta guerra co-

lonial en Marruecos, donde estaría más de cuatro años (en Ceuta y Tetuán) y donde encontraría al gran amor de su vida, Teresa Fernández, una ferviente católica, hija y hermana de militares africanistas, con la que contraería matrimonio en Madrid en marzo de 1920.

Como la aventura africana no colmaba las inquietudes de un oficial muy serio, nada licencioso, católico practicante y decididamente estudioso, Rojo optó por seguir la “vía del conocimiento” y conseguiría convertirse en profesor de la Academia de Infantería de Toledo en mayo de 1922. Allí estaría hasta que diez años después, ya durante la Segunda República, se trasladara a Madrid para cursar estudios de Estado Mayor. No había abrigado el menor reparo a la hora de jurar lealtad al nuevo régimen democrático. Y pese a su preocupación por la marcha general del país y sus graves problemas, no tuvo la más mínima tentación de conspirar contra las autoridades civiles republicanas. De hecho, en el primer semestre de 1936, ante las casi imperceptibles sugerencias de algunos compañeros de armas para que se sumase a sus conjuras contra el recién elegido gobierno del Frente Popular, respondió negativamente, por considerar «un error» dividir al Ejército, dado que «quedaban fuerzas políticas organizadas, un

parlamento sin estrenar siquiera y estaba claramente manifestada la voluntad mayoritaria de la nación en las últimas elecciones». Ascendido a comandante, en junio de 1936 fue destinado al Estado Mayor Central como ayudante del coronel Avilés.

El azar y la circunstancia se combinaron en julio de 1936 para dar un vuelco total a la hasta entonces apacible vida del joven militar y su extensa familia. Cuando la insurrección militar contra el gobierno de la República se inició el día 17, Rojo permaneció en su puesto y sin asomo de duda, por mero sentido del deber y por considerar una «monstruosa sedición» la división del Ejército, «el órgano más sano y viril de España». Lo hizo por respeto al principio de obediencia y disciplina, al margen de simpatías políticas o ideológicas: «Mis jefes naturales —ministro, inspector general del Ejército, jefe del Estado Mayor Central, comandante de la División de Madrid y el general de quien yo era ayudante— no se sublevaron». Esa decisión de un militar católico y demócrata, imitada por algo menos de la cuarta parte de la oficialidad y el generalato, fue el factor clave que posibilitó el fracaso del golpe en la mitad de España (precisamente la más poblada, urbanizada y modernizada). La resultante guerra civil alinearía a esos militares leales con unas milicias

sindicales y partidistas en una combinación forzada e inestable y cuyo único cimiento sería la común oposición al enemigo militar y reaccionario que buscaba su liquidación.

Rojo asumiría de inmediato tareas de defensa de la capital, en el contexto caótico de aquel verano, con indudable lealtad, energía, acierto y sentido humanitario (acogiendo en su casa a familias de compañeros de armas perseguidos o amenazados). Y por eso, en el crítico mes de noviembre de 1936, cuando las fuerzas de Franco preparaban su asalto directo a Madrid y el gobierno se trasladaba a Valencia en previsión de lo peor, Rojo fue encargado de una tarea hercúlea que nadie envidiaba: «la Jefatura del Estado Mayor del General Jefe de la defensa de la Plaza», el general Miaja. Logró un inesperado éxito en su cometido por algo más, excusado es decirlo, que por su evidente pericia y demostrado valor: la incipiente militarización de las milicias y su progresiva conversión en Ejército Popular de la República, el afortunado arribo de la primera ayuda militar soviética y la llegada de los primeros contingentes de las Brigadas Internacionales. Pero, en todo caso, ese éxito defensivo catapultó su nombre y su fama en los círculos más informados y le proporcionó el ascenso a coronel por méritos de

guerra. En mayo de 1937, tras la caída del gobierno de Largo Caballero y la formación del gabinete presidido por Juan Negrín (con Prieto en la cartera de Defensa), Rojo fue nombrado Jefe del Estado Mayor Central del Ejército Popular de la República. Y allí volvió a reverdecer sus títulos como militar y se convirtió en el máximo artífice de la estrategia bélica republicana.

La semblanza hecha por su nieto, de modo harto comprensible, presta una morosa atención a la génesis y desarrollo de las muchas operaciones militares derivadas de esa opción estratégica, con la debida atención a las vicisitudes humanas de un militar sumamente reflexivo y callado, pero que se animaba con las victorias, sufría con las derrotas y abominaba de las pérdidas humanas y materiales que registraba su Patria. Asumiendo la evidente superioridad material y profesional del enemigo, y teniendo en cuenta las dificultades de aprovisionamiento propio derivadas del embargo de armas impuesto por la política de No Intervención patrocinada por Francia y Gran Bretaña, Rojo formuló una estrategia defensiva acorde con el lema de Negrín: «Resistir es vencer». Su estrategia trataba de ganar tiempo y conjurar la inminencia de la derrota final mediante una serie de inesperadas ofensivas de distracción en fren-

tes secundarios, encaminadas a aliviar la continua presión del avance franquista en el frente principal de sus ataques. En consecuencia, tras el éxito defensivo de Madrid, la triunfal ofensiva enemiga en el norte intentó ser debilitada por los ataques sorpresivos en torno a Madrid (Brunete, julio de 1937) y Aragón (Belchite, agosto de 1937). De igual modo, la prevista reanudación de la ofensiva de Franco sobre Madrid tras la ocupación de Asturias en octubre de 1937 fue atajada por el sorprendente y victorioso ataque republicano en Teruel (diciembre de 1937). Finalmente, la arrolladora campaña franquista sobre Levante (iniciada en marzo de 1938), que cortó en dos mitades el territorio en manos de la República, fue frenada durante meses por el ataque del Ejército Popular en la desembocadura del río Ebro (julio-noviembre de 1938), la mayor y más cruenta de las batallas registradas durante toda la guerra y una de las más modernas en términos de material y equipamiento. En todas y cada una de esas ofensivas sorpresivas, dilatorias y elusivas, la razón para emprenderlas había sido la misma que exponía Rojo a Negrín en noviembre de 1938, en víspera del inicio de la postrera campaña franquista sobre Cataluña:

«Teniendo en cuenta nuestra debilidad, el mejor mo-

do de oponerse a los propósitos enemigos es ganándole la iniciativa y, como en Teruel o en el Ebro, provocar una situación de crisis sobre un objetivo capital que le obligue a llevar a un teatro alejado, de aquel en que se proponga aplicar su masa de maniobra, la mayor parte de sus reservas»

El acierto genérico de la estrategia elaborada por Rojo tropezó con la cruda realidad de la persistente inferioridad material, del agotamiento moral y material de unas tropas y una población civil sin esperanza de triunfo, y de la abrumadora consciencia del grado de abandono internacional (evidenciado en la desertión anglofrancesa frente al desafío nazi-fascista en la crisis checoslovaca de septiembre de 1938). Así se produjo el súbito desplome republicano durante la ofensiva de Cataluña a principios de 1939, claramente demostrado por la caída de Barcelona sin lucha el 26 de enero. Rojo atravesó la frontera francesa camino del exilio el 9 de febrero, acompañando a Negrín y después de que una masa civil y militar de casi medio millón de personas se hubiera internado en Francia huyendo de la persecución inclemente del enemigo.

Allí, entre las montañas y las playas del Rosellón francés, terminó la etapa bélica del general Rojo. Y lo hizo con una in-

comprensible ruptura con Negrín y en la estela de una indignación impotente ante la catástrofe humana que supuso aquel exilio masivo a duras penas organizado por las autoridades francesas con campos de internamiento, medidas de reclusión y desplazamientos forzados. Así se ahorró, en todo caso, cualquier protagonismo en el triste episodio final de la República: el golpe del coronel Casado contra el gobierno de Negrín y la liquidación de cualquier otra solución a la guerra que no fuera la mera y simple capitulación sin condiciones ante Franco.

Esa amargura del militar exiliado, acentuada por las rencillas y divisiones que afectaron de inmediato al exilio republicano, determinó la voluntad de Rojo de partir hacia Argentina para emprender una nueva vida. Llegó con su familia a Buenos Aires en agosto de 1939 y permaneció en el país durante cuatro años, viviendo muy modestamente y ejerciendo como periodista y comentarista militar de la Segunda Guerra Mundial en distintos medios argentinos. Las penurias económicas, junto con el hartazgo por las divisiones del exilio, le inclinaron a tomar una decisión trascendental a finales de 1942: trasladarse a Bolivia con toda su familia. El gobierno boliviano le había ofrecido un cargo muy tentador en todos los planos: convertirse en profesor

de la Escuela de Guerra del Ejército de Bolivia. En consecuencia, Rojo pasó a residir a la ciudad de Cochabamba, sede de la institución educativa castrense, una ciudad situada a 2.500 metros sobre el nivel del mar, con clima templado a lo largo de todo el año. Bolivia sería su nueva patria, y Cochabamba su ciudad, durante los restantes quince años de su vida.

Sin embargo, el general Rojo no se resignó a morir lejos de su patria. Padecía de enfisema pulmonar y esa enfermedad fue progresivamente debilitando su corazón (sin que las alturas bolivianas contuvieran en nada la rapidez del proceso). También fue socavando su ánimo y voluntad. La tentación de regresar a España, ya abrigada desde años antes, se hizo realidad en marzo de 1957, después de haber recabado el permiso oficial de las autoridades franquistas y la promesa de respetar su vida y la de su familia. Pero el regreso no significó la paz de espíritu, como quizá un tanto ingenuamente esperaba Rojo. Franco aceptó su retorno pero insistió en que penara por sus faltas: «Negarle el pan y la sal». Fue sometido a juicio militar el 5 de diciembre de 1957 y condenado a reclusión perpetua por delito de “auxilio a la rebelión” (una tipificación que particularmente le exasperaba por injusta). Un mes más tarde vio indultada

la condena de reclusión perpetua pero se mantuvieron las condenas accesorias: interdicción civil e inhabilitación absoluta. Quedó reducido, pues, a la condición de “muerto civil”, vigilado y controlado en todos sus actos y relaciones sociales.

El general Rojo vivió en Madrid los restantes nueve años de su vida, acogido en la casa de su suegro, un militar africanista y franquista que no permitió en su presencia ninguna crítica hacia el Caudillo. Y aunque había vuelto de Bolivia a España para morirse enseguida, todavía vivió hasta el 15 de junio de 1966. Al día siguiente fue enterrado como buen católico en el cementerio de San Justo. Unas trescientas personas acudieron a decirle el último adiós, bajo un discreto control policial. No en vano, como recuerda su nieto, se estaba enterrando a «un militar leal a la República, católico y democrata». Todo un símbolo y un modelo que el franquismo y su Caudillo no podían tolerar ni perdonar. Es posible que no quede encontrar mejor tributo que ése para su imponente y conmovedora figura histórica.

**Enrique Moradiellos.**

**VEGA SOMBRÍA, Santiago,**  
*De la esperanza a la persecución. La represión franquista en la provincia de*

**Segovia, Barcelona, Crítica,**  
**2005, 543 pp., ISBN 84-8432-612-8**

Si bien es cierto que, como ley general, es aberrante permanecer indiferente ante los sufrimientos ajenos, no menos cierto es que, en el trabajo historiográfico, tan importantes para el análisis son los sufrimientos y experiencias de las víctimas cuanto las razones y expectativas de los verdugos. En definitiva, que ninguna historia, y mucho menos una historia de la violencia, estará completa si no atiende a las experiencias cotidianas, si no trata de poner caras a represores y represaliados, si no hace un esfuerzo por entender las motivaciones de unos, de otros, y de todo el espectro social que queda fuera de esa clasificación bipolar, pero que también queda marcado por procesos de terror y represión como los vividos en la España de la Guerra Civil. Y uno de los caminos para lograr una cosmovisión aceptable sobre el período que ocupa a este libro, la Guerra Civil española y sus funestas consecuencias, está, como señala en el prólogo a este libro Julio Aróstegui, en personalizar y territorializar los estudios. En este caso, ciñéndolo a la provincia de Segovia.

El autor de esta obra, Santiago Vega, ha dedicado grandes esfuerzos a historiar y